

— Quiero que mueras, dijo Colombán; pero no quiero que sufras.

Comprendió Carmelita que se trataba de algún cuidado preparatorio, y dejó obrar á Colombán.

Pero cuando quiso cerrar la puerta:

— No, no, amigo mío, dijo; alejaos de mí; pero que os vea siempre.

Colombán dejó la puerta abierta.

Su intención era encender de antemano el brasero en el gabinete vecino, de modo que pudiesen escaparse los primeros vapores groseros del carbón, y que no se desarrollasen más que esos miasmas sutiles que penetran hasta en el cerebro y dan la muerte sin dolor.

En tanto, pues, que Carmelita había tomado precauciones para cerrar puertas y ventanas, Colombán las tomó para abrirlo todo, á fin de que el aire exterior se llevase las primeras emanaciones carbónicas.

Carmelita le miraba con inefable sonrisa.

Las manos de la joven se habían vuelto naturalmente al piano, como pájaros tiernos aún se vuelven á su nido.

Vagaban inciertas, pero armoniosas, sobre las teclas; el instrumento que acababa de dejar oír el gemido que se había tomado por un último suspiro, parecía despertarse y luchar contra la muerte, dejando, como hace un moribundo en el último delirio de la agonía, escapar palabras entrecortadas y sin coherencia.

Carmelita, como lo había dicho á Colombán, no le perdía de vista.

Mientras que sus dedos temblorosos vagaban sobre el marfil y sobre el ébano, mientras que su pie distraído buscaba y apremiaba instintivamente el registro, sus ojos, fijos sobre Colombán, miraban los resplandores de la

llama, que iluminaban con un reflejo rojizo la frente del joven, arrodillado y soplando el fuego mortal.

— ¡ Cuán bello eres, amado mío ! murmuraba la joven, ¡ cuán bello eres !

En efecto, tal vez nunca la noble y bella figura del bretón había aparecido más noble y más bella que á la luz de aquella llama que iluminaba á la vez la serenidad de la resolución mezclada á la dulce melancolía del pesar.

El carbón tardó un cuarto de hora poco más ó menos en encenderse; después, cuando se fueron desplegando los vapores demasiado espesos, Colombán cerró la ventana del gabinete, y vino iluminado por el reflejo rojizo á traer el brasero al medio de la habitación.

Después volvió á cerrar la puerta del gabinete.

Levantóse Carmelita, y mientras que el piano lanzaba un suspiro, que aquella vez era en realidad el último, fué delante del joven.

Colombán estaba pálido y casi vacilante: había absorbido los primeros vapores que había querido evitar á Carmelita.

Los dos vinieron con los brazos entrelazados á sentarse sobre el sofá: allí era donde habían resuelto morir.

Estaban allí, iba algunos instantes, fijos los ojos del uno en los del otro, devorando su última mirada á la luz de la bujía colocada sobre el piano, cuando sonó la media noche.

Un ligero estremecimiento fué la única atención que los dos jóvenes prestaron al ruido de la hora que volaba.

¡ Qué les importaba en efecto la marcha del tiempo á ellos que ya tenían un pie en la eternidad !

Cualquiera que hubiese entrado en aquella habitación y hubiese visto á los dos bellos jóvenes así castamente enla-

zados y cambiando sus más dulces miradas y sus nombres pronunciados á media voz, los hubiera tomado por dos novios conversando de amor y formando mil proyectos para el porvenir, porque nada indicaba en sus semblantes la más débil emoción.

Tenian aquella fuerza y aquella calma propias de las gentes extrañas á las cosas de este mundo; ya no pertenecian á la tierra; si el trueno estallase, si la casa se hundiese, hubieran permanecido impasibles.

Sus cuerpos parecían ya muertos y eran sólo sus almas las que cambiaban palabras entre sí.

El alma de Colombán, desplegándose como una flor al aliento de la joven, decía:

— ¡ Amor mío ! ; vida mía ! ; Bien he merecido las puras alegrías que me das en este momento ! Confieso mi debilidad en este instante supremo, ¡ Carmelita ! ; muy amada Carmelita ! ; no he pasado un día, ni un minuto, ni un segundo, sin pensar en ti ! ; Me preguntabas hace poco, ánge de los ensueños de color de rosa, qué era lo que turbaba mi sueño : era tu gracioso fantasma que venía á apoyarse en mi cabecera, y que inclinándose hacia mí, me acariciaba la frente con el extremo de sus cabellos ; otras veces era el cortejo gracioso de las bellas jóvenes, cuyo semblante había visto en las pinturas, en los libros de las Horas, en los manuscritos de los siglos pasados ; todas esas jóvenes eras tú ; siempre tú ! unas tenían tu mirada, otras tu sonrisa : todas cantaban con tu voz, y su canción decía : « ¡ Ven con nosotras, hermano ! ; el hombre no ha sido hecho para una vida solitaria y desierta ! si no amas, hijo de las rocas salvajes, el ruido del Océano, de los hombres, sabemos retiros aislados, oasis adorables donde los arroyos murmuran eternamente, donde los pájaros cantan toda la

noche ! ; Oh ! ; cuántas veces, mi muy amada Carmelita, me he despertado sobresaltado al oír aquella voz que tomaba por la tuya, extendiendo las manos y creyendo estrecharte ! Pero entonces en pie en el sitio en que te había visto, aparecía el espectro de mi conciencia que me obstaculaba el paso y me rechazaba aniquilado, anhelante, despedazado sobre mi calenturiento lecho... ¿ Pero tengo necesidad de decirte lo que turbaba mis noches ? ; No sé yo lo que turbaba las tuyas ? ; Oh ! ; amiga mía, te amo con todas las potencias de mi ser, y no existo más que desde que te he amado ! ; Qué es la ciencia, qué es la gloria, qué es la fama al lado del amor que te profeso ? ; Es la ciencia la que me ha hecho vivir ? ; La gloria y la fama hubieran añadido una pulsación á mis arterias, un latido á mi corazón ? No, yo no he vivido realmente más que desde la hora en que supe que iba á morir... ; Oh ! ; mi muy amada Carmelita ! quisiera abrir mi pecho para mostrarte mi corazón desnudo : las palabras expresan mal las pasiones, ó más bien, la pasión que hierve en mí. Nunca he amado más que á una sola mujer antes que á ti en este mundo ; tenía tu belleza, tu gracia, tu fuerza ; me tenía enlazado como tú me tienes ; le pasaba yo los dos brazos en derredor del cuello ; la besaba en los ojos para impedir que saliesen las lágrimas de ellos, y la decía : « ¡ No te mueras, no te mueras ! » porque estaba como nosotros á la puerta de la muerte ; y ella por su parte me abrazaba tiernamente diciéndome : « Encontrarás otra mujer como yo en este mundo, otra mujer que te abrazará más tiernamente que yo todavía ; ¡ bendita sea la mujer que bese la primera la frente pura de mi hijo ! » ; Pues bien, aquel ser querido, adorable y adorado, aquella mujer, primera á quien he amado, y que era mi madre, la he olvidado por ti, ó más bien, te

amo con el mismo santo amor, ¡ amiga mía ! ¡ hermana mía !
¡ Carmelita ! ¡ amada Carmelita !

Y el alma de la joven respondía mientras que el cuerpo besaba castamente la frente del joven con sus ardientes labios.

— ¡ Que la bendición de tu madre descienda sobre tu cabeza, Colombán ! ¡ nunca beso más puro se habrá estampado sobre una frente más inmaculada ! ¡ Yo, amor mío ! ¡ vida mía ! ¡ muerte mía ! ¡ tampoco he pasado una hora sin pensar en ti ! porque te he amado desde el día en que te conocí, y si un mal aliento no me hubiera cegado, hubiese querido darte todas las felicidades que el hombre puede soñar en la tierra ! pero esos amores terrestres no hubieran bastado sin duda á saciar nuestras ardientes ternezas : para un amor divino se necesitan celestes himeneos ; y hé aquí por qué nos despojamos de nuestras vestiduras mortales á fin de que nuestras almas desembarazadas del peso de su cuerpo, puedan ir á unirse en las regiones etéreas. ¡ Ante Dios hacia el cual vamos á subir cogidos de la mano, juro amarte, Colombán ! ¡ á través del tiempo, á través del espacio, á través de los mundos desconocidos ! Aun cuando debiese, al franquear el umbral de este mundo, ser sumergida contigo en el fuego ardiente y eterno que la religión cristiana católica promete á sus condenados, el dolor eterno me sería más dulce contigo, que todas las felicidades de aquí abajo... Juro amarte en medio de las llamas del orco. ¡ Aun cuando debiese sumergirme en un abismo profundo en que tu mirada, tu voz, tu aliento, no pudiesen llegar, mi pensamiento iluminaría el abismo y te sentiría, te vería y te oiría ; porque juro amarte en las profundidades del abismo !... Me contemplo desde este momento como estrechamente ligada, indisolublemente enca-

denada, á ti ; ningún poder humano podría desunirnos en este momento, ningún poder divino sabría separarnos tampoco, porque (me lo has dicho con frecuencia, mi muy amado Colombán) ese Dios vengador de quien se espantan los hombres, no es otra cosa que la grande alma del mundo, con la cual van á reunirse y confundirse nuestras almas, como al venir la noche los rayos del sol suben á recogerse en el foco que les despide... ¡ Abrazame pues, Colombán, y que nuestras almas se unan como nuestros labios, á fin de subir más pronto á la morada luminosa !... Ya no veo los objetos que me rodean más que á través de una niebla ; los ojos de mi cuerpo se oscurecen poco á poco ; pero me parece que con los ojos del alma veo centellear las estrellas, cuyo círculo se abre para dejarnos paso... ¡ Adiós, mi muy amado ! ¡ adiós, todo lo que he amado en este mundo, todo lo que amaré en el otro, adiós ! estrechame entre tus brazos para que marchemos juntos... Oigo cantar en mi millares de voces dulces que repiten tu dulce nombre... ¡ Colombán ! ¡ Colombán ! ¡ Nunca alma más virginal que la tuya se ha remontado al cielo ! ¡ Adiós, amor mío !... ¡ Adiós, vida mía !... ¡ Adiós, Colombán mío !...

Callaron las dos almas como amodorradas.

El aire respirable de la habitación se iba cargando poco á poco de ácido carbónico ; la bujía ya no despedía más que una llama pálida, una luz opaca. La llama del brasero danzaba como un fuego fatuo matizándose á las miradas entorpecidas de los dos jóvenes con todos los colores del prisma.

Gruesas gótas de sudor caían en perlas sobre el cuerpo de la joven ; tintas violadas corrían sobre su semblante.

Colombán hizo un esfuerzo supremo, la cogió entre sus

brazos, y vacilando como un hombre beodo, de un solo arranque la transportó del sofá al lecho, al pie del cual se cayó; pero se levantó y encaramándose á él, consiguió colocarse al lado de ella.

Mientras tanto Carmelita, empleando sus últimas fuerzas en servicio del pudor, extendió la parte baja de su vestido, que levantándose, dejaba ver el tobillo de su diminuto pie.

Después intentó desatar el cordón que servía de abrazadera á las cortinas del lecho; lo que consiguió con gran trabajo.

Entonces, en medio de deslumbramientos terribles, con un círculo de hierro que le comprimía cada vez más la frente, anudó su vestido en derredor de las piernas á fin de que en las convulsiones de la agonía no se remangase.

Cuando hubo concluido sintió el brazo de Colombán que la atraía hacia sí.

— ¡Sí, esposo mío, murmuraba la joven, sí, héme aquí!

Y por la primera vez se encontraron los dos jóvenes, manos con manos, cabellos con cabellos, labios con labios.

Sólo entonces cambiaron su primer beso de amor.

Hubiérase dicho que eran el Pudor y la Castidad, esos dos hermanos divinos abrazándose fraternalmente á vista de la Virginidad su madre.

Colombán fué quien perdió las fuerzas el primero.

Interrumpióse en medio de un beso: un sudor helado recorrió su cuerpo; intentó encaramarse de nuevo al cuello de Carmelita, pero su garganta estaba oprimida como por una mano de hierro, su lengua inerte, y apenas pudo pronunciar estas últimas palabras:

— ¡Ven! ¡ven! ¡ven!

Y su cabeza inanimada volvió á caer sobre el pecho de la joven, que á pesar del zumbido de sus sienas y el ruido de sus oídos, acababa de oír el último llamamiento de su amante, y que al sentir aquella cabeza tan amada entorpecerse sobre su pecho, se estremeció y lanzó un débil grito.

Es un hecho notoriamente reconocido en medicina y que lo prueban todas las estadísticas, sin que sin embargo la ciencia pueda explicarlo; en el suicidio de un hombre y una mujer, es el hombre quien generalmente sucumbe primero.

Nosotros hacemos constar el hecho ante nuestros lectores; que lo explique el que pueda.

Fué, pues, Colombán quien sucumbió el primero.

Al comprender Carmelita que su muy amado acababa de dar el último suspiro, volvió á abrir los ojos, pareció recobrar sus fuerzas por un instante, y tuvo bastante voz para gritar por última vez con todas las cuerdas de su alma:

— ¡Colombán! ¡Colombán!

En seguida atrajo su frente junto á sus labios, reunió cuanta vida le quedaba, y le abrazó por la última vez diciendo:

— ¡Héme aquí! ¡héme aquí!

Y su cabeza inanimada volvió á caer junto á la de su amante.

El reloj daba entonces la una.

CAPÍTULO XI.

UNA CARTA MUY URGENTE.

Era justamente, si bien se recuerda, la hora en que, apaciguada la disputa de la taberna de Bordier, los tres jóvenes y su salvador se ponían á la mesa.

No habréis olvidado, queridos lectores, que Salvador y Juan Robert, al dejar la calle Aubry le Boucher, habían dejado á sus dos amigos, Petrus y Ludovico, dormidos sobre la mesa, bajo la salvaguardia del mozo que, en virtud de la recomendación de Salvador había respondido de ellos.

Recordarás también que habían ido á la calle de Santiago, donde el sonido del violoncelo los había llevado al lado de Justino. Habían escuchado la relación del maestro de escuela; se habían encontrado allí en el momento de la peripecia causada por la carta de Mina; Salvador había corrido á las oficinas de la policía para adquirir noticias de la joven robada: Juan Robert había ido á buscar un caballo, y Justino había seguido á Babolin á casa de la Brocante, donde se le habían reunido Juan Robert y Salvador.

Entonces, con las nuevas noticias que había recibido de la vieja bruja y la recomendación de Salvador, de que impidiese el que se entrase tanto en la habitación de Mina como en el jardín, había partido á todo escape para Versalles.

En cuanto á Salvador y Juan Robert, habían ido á

aguardar á Mr. Jackal al puente nuevo; allí les había recogido el polizonte en su carruaje, donde les refería sucintamente el acontecimiento que nosotros, por el contrario, hemos puesto en conocimiento de nuestros lectores, con toda su sombría prolijidad.

Dejemos á Justino correr á caballo hacia Versalles, dejemos á Juan Robert, Salvador y Mr. Jackal correr en carruaje hacia Bas-Meudón, y volvamos á Ludovico y á Petrus que duermen sobre la mesa de la taberna.

El primero que despertó fué Ludovico, y se despertó al ruido que hacía una alegre comparsa para apoderarse á su vez de aquel cuarto piso, cuya conquista había costado tanto trabajo á los tres jóvenes.

El mozo, fiel á las prescripciones de Salvador, ni aun quería permitir que se entrase en la habitación en que dormían Ludovico y Petrus.

El ruido que hacía la comparsa al insistir, era lo que había sacado de su sueño al joven doctor.

Abrió los ojos, y escuchó.

Su primer movimiento al recordar lo que había pasado fué que después de haber tomado la ciudad por asalto iba á verse obligado á sostener el sitio.

Pero aquella vez los sitiadores atacaban con risas alegres, y aquellas risas parecía que se escapaban de bocas tan jóvenes y tan frescas, que Ludovico pensó que podría causar algún placer el dejarse conquistar por semejantes adversarios.

En consecuencia fué él mismo á abrir la puerta.

En el mismo instante una multitud de paletos y paletas, diablos y verduleras, invadió la habitación con tal ruido y tales carcajadas, que Petrus se levantó todo azorado gritando: *fuego*.

Petrus soñaba con un incendio.

Pero en medio de aquella irrupción había sentido Ludovico que dos lindos brazos se le anudaban en derredor del cuello, mientras una linda boca, de la que cada respiración hacía ondular la barba de la careta de terciopelo que ocultaba toda la parte superior del rostro, le decía con los labios más rosados y los dientes más blancos que jamás se hubieran visto :

— ¿ Eres tú, carabinero de mi corazón, quien tienes el lujo de retener las habitaciones para ti solo ?

— Por lo pronto, dijo Ludovico, si te hubieses tomado el trabajo de mirar en derredor, de ti, mi querida paleta, hubieras visto que no estaba solo.

— ¡ Ah ! toma, toma, toma, dijo la paleta, en efecto, hé aquí á maese Rafael en persona ; ¿ quieres un modelo para la pierna de la mujer del incendio de la villa, tú que gritabas « fuego » cuando entramos ?

Y levantando la joven su pantalón, enseñó bajo una fina media de seda, una de esas piernas como las buscan los pintores y las encuentran los cardenales.

— ¡ Ah ! yo conozco esa pierna, princesa, dijo Petrus.

— Canta-Lilas, exclamó Ludovico al mismo tiempo.

— Puesto que estoy reconocida, me quito la careta, dijo la bella lavandera ; por otra parte se bebe mal cuando se tiene el rostro cubierto : á beber, que me muero de sed.

Y toda la comparsa que se componia de cinco ó seis lavanderas de Vanves, y de tres ó cuatro jardineros de Meudón acompañados de sus amadas, repitió en coro :

— ¡ Á beber, á beber !

— Silencio, dijo Ludovico, la habitación es mía y yo soy por lo tanto el que he de hacer los honores de ella. Mozo, seis botellas de vino de Champagne para mí.

— Y seis para mí, mozo, dijo Petrus.

— En horabuena, dijo la princesa ; y se os reconocerá eso, reservándoos una mejilla á cada uno.

— Pares ó nones, dijo Petrus sacando un puñado de monedas de su bolsillo.

— ¿ Qué hacéis, señor Rafael ? preguntó Canta-Lilas.

— Le juego (1) á Ludovico su mejilla contra mi mejilla, dijo Petrus.

— Par porque quiero la pareja, contestó Ludovico, respondiendo en el mismo lenguaje que le hablaba su amigo.

— ¡ Ah ! continuamos siempre disparando petardos, dijo la princesa volviendo á su locución acostumbrada : pif paf. Sólo nos falta Camilo para que echase bombas.

En este momento entró el mozo con las doce botellas de vino de Champagne.

— Aquí está la bomba, dijo haciendo saltar el tapón de dos botellas, cuyo alambre había cortado en la escalera.

— ¡ He ganado ! exclamó Ludovico abrazando á Canta-Lilas y besándola en las dos mejillas ; ¡ te robo, hermosa Sabina !

Y cogiendo en sus brazos á la princesa de Vanves, como hubiera hecho con un niño, la llevó á una mesa, y después de haberse sentado á ella, colocó á la joven sobre sus rodillas.

Al cabo de una hora las doce botellas estaban vacías, con más otras doce, que la comparsa, por no ser menos, había mandado subir á su vez.

— Ahora, dijo Canta-Lilas, se trata de regresar á Van-

(1) Todo este diálogo está sembrado de equívocos y juegos de palabras, cuya sal y oportunidad se pierde al traducirlo, por ejemplo : *Je joue sa joue contre ma joue* (*joue* del verbo jugar, y *joue* mejilla.)

ves; aquí está Nanette que había prometido á su señora estar de vuelta á las once, y que tiene que darle una carta. En verdad que son las tres de la mañana, por fortuna la carta es urgente.

— Las cuatro, princesa, dijo Petrus.

— ¡Y la patrona que se levanta á las cinco! exclamó Canta-Lilas. En marcha toda la tropa, en marcha.

— ¡Bah! dijo la condesa de la Pala: también ella habrá estado de broma, y hoy no se levantará hasta las seis.

— Princesa, dijo Ludovico, ¿cuándo volveréis la primera vez á París?

— ¡Oh! dijo Canta-Lilas, ¡como si aun os inquietaseis por eso!

— Ya se ve que me inquieto, sobre todo cuando ya no tengo ropa.

— Eso es una pequeñez, dijo Canta-Lilas. Pues bien, tendréis vuestra ropa, cuando vengáis vos mismo á buscarla.

— ¡Basta de tonterías, Canta-Lilas! La semana ha sido de prueba para las camisas blancas, y no puedo ir á ver mis enfermos con una camisa de blondas.

— Venid á buscar vuestra ropa.

— ¡Oh! si sólo se trata de eso, y hay sitio en vuestra carroza, aquí me tenéis, princesa.

— ¿De veras?

— Como tengo el honor de decírselo á vuestra alteza.

— ¡Bravo! ¡bravo! Beberemos leche en el molino de Vanves; venid, señor Rafael.

— ¿Vienes, Petrus? ¡Bah! las locuras más largas son las mejores.

— ¡Pardiez! dijo Petrus, no me faltan buenas ganas; pero desgraciadamente tengo una primera sesión.

— ¡Pues bien! aplaza tu primera sesión; ¡qué diablo!

— Imposible, dijo Petrus, he empeñado mi palabra.

— Entonces, dijo Canta-Lilas, eso es cosa sagrada, y la Fornarina da licencia á Rafael: ¡ven, rey de los diablos!

Y tendió el brazo á Ludovico, que decidido á enterrar alegremente el Carnaval, arregló su cuenta y la de Petrus, bajó la escalera de cuatro en cuatro escalones, y subió al gigantesco carruaje que había llevado toda la comparsa de Vanves á París.

Petrus, que vivía en la calle de Oeste, tomó permiso de su amigo, deseándole mucho placer, y respondiendo, aun á pesar de la distancia y la obscuridad, á las ardientes despedidas que le enviaba la alegre comparsa.

— ¿Pero adónde diablos vamos por aquí? preguntó Ludovico. Me parece que tomamos el camino de Versalles y no el de Vanves.

— Si Rafael no nos hubiese dejado, rey de los diablos, respondió Canta-Lilas, diría á vuestra majestad que todos los caminos conducen á Roma.

— No comprendo, dijo Ludovico.

— Mira á Nanette, la bella jardinera

— Ya la miro.

— ¿Y cómo la encuentras?

— Hermosa. ¿Y después?

— Pues bien, ha venido con la condición de que se la había de dejar á su puerta.

— Bueno; y ¿por qué así?

— Pero, repuso la condesa de la Pala, ¿no se os ha dicho que tiene una carta urgente?

— ¿Por qué no ha entregado su carta antes de marchar?

— Porque estaba al extremo de la población cuando en-

contró al cartero; porque la aguardábamos entre Vanves y Bas-Meudón, y porque esto le ocasionaba media hora de retraso.

— En horabuena, esa es una explicación.

— ¡Oh! dijo Canta-Lilas, y después, como la carta lleva ya veintiseis días de camino en atención á que viene de las colonias, algunas horas más ó menos...

— ¡Pues! dijo la condesa de la Pala, no es muerte de hombre, ni puñalada de pícaro.

— Y aun cuando se tratase de la muerte de un hombre, dijo Canta-Lilas, puesto que llevamos con nosotros el doctor... Pero ¿qué es eso, duermes, doctor?

— ¡Ah! sí á fe mía, dijo Ludovico. Princesa, déjame sentarme á tus pies y poner mi cabeza sobre tus rodillas, me salvarás la vida.

— Bueno, dijo la joven, si yo hubiera sabido que se traía al caballero para que se durmiese, le hubiera acostado sobre un carruaje de legumbres, y hubiera estado tan bien como aquí.

— ¡Ah! princesa, dijo Ludovico medio dormido, no te haces justicia; no hay col tan dura ni ensalada tan tierna como tú.

— ¡Dios mío! dijo Canta-Lilas con un acento de profunda conmiseración; ¡qué bestia es un hombre de talento cuando tiene ganas de dormir!

Daban las cinco de la mañana cuando llegaban á Bellevue: poco á poco habían ido cesando las estrepitosas carcajadas, extinguiéndose los gritos alegres; el malestar y el frío que acompañan á la venida del alba, sobre todo en invierno, pesaban sobre la mascarada medio dormida; todos tenían prisa por volver á encontrarse en su habitación, á su fuego ó en su lecho.

Detúvose el carruaje á la puerta de la casa habitada por Colombán y por Carmelita.

Saltó Nanette del ómnibus, sacó la llave del bolsillo, abrió, y entró.

— Bueno, dijo al ver por la puerta del corredor, que había quedado abierta y daba al jardín, la luz que ardía en el gabinete de Colombán, el joven vela todavía, y va á recibir su carta.

— Buenas noches, señores, y cerró la puerta.

Algunos sordos murmullos respondieron del interior del carruaje, que volvió á emprender su camino hacia Vanves.

Pero apenas habría andado cincuenta pasos, cuando resonaron los gritos « ¡socorro! ¡socorro! señor Ludovico, señor Ludovico. »

Detúvose el carruaje.

— ¿Qué hay? preguntó Ludovico despertando sobresaltado.

— No sé, dijo Canta-Lilas; pero os llaman, y me parece que reconozco la voz de Nanette.

— ¡Habrá sucedido alguna desgracia!

Saltó Ludovico del carruaje y vió en efecto á Nanette que corría toda azorada gritando:

— ¡Socorro! ¡socorro!

CAPÍTULO XII.

LAS ASFIXIAS.

Corrió Ludovico hacia ella.

— ¡ Oh ! ¡ venid pronto, señor Ludovico ! venid pronto, ¡ venid todos ! ¡ están muertos !

— ¿ Quiénes están muertos ? preguntó Ludovico.

— Mlle. Carmelita y Mr. Colombán.

— ¡ Colombán ! exclamó Ludovico ; Colombán de Penhoel.

— Sí, Mr. Colombán de Penhoel y Mlle. Carmelita Gervais.

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! ¡ qué desgracia ! ¡ Tan jóvenes, tan bellos, tan gentiles !

Lanzóse en el instante mismo Ludovico en dirección á la casa, y encontrando el paso franco, no dió más que un salto desde la calle al pabellón.

La ventana del gabinete, abierta por Colombán, había sido mal cerrada otra vez por él, y vuelta á abrir por Nanette, que después de haber llamado en vano, se había aventurado á encaramarse por la ventana para ir á llamar á la puerta de la habitación.

Viendo que nadie respondía, había abierto la puerta ; pero en el instante mismo había dado tres pasos atrás y casi había caído de espaldas.

La había envuelto como una nube mortal una horrorosa bocanada de ácido carbónico.

Al instante lo había comprendido todo, y pensando que alcanzaria fácilmente el carruaje, se había lanzado en su seguimiento.

Sus gritos habían sido oídos ; el carruaje se había detenido. Ludovico se había lanzado al pabellón por la ventana del gabinete, había intentado entrar en la habitación, pero había sido rechazado por el emponzoñado vapor.

Volvióse hacia el lado del aire, y lo aspiró con toda la fuerza de sus pulmones.

En este momento acudía toda la gente.

— Romped las ventanas, despedazad las puertas, gritó Ludovico : ¡ corrientes de aire ! ¡ están asfixiados !

Intentóse abrir las maderas ; pero estaban cerradas por dentro.

De dos ó tres puntapiés se echó abajo la puerta.

Pero los que se presentaban en el umbral se vieron obligados á retroceder.

— ¡ Que se tengan preparados vinagre y agua salada ; que se despierte al boticario si hay alguno en la población ; que se traigan de su casa sal inglesa y sal amoniaca ! Nanette, encended fuego en cualquiera parte y haced calentar unas servilletas, gritó Ludovico.

Después, como el minero desciende al pozo ó el buzo se sumerge en el mar, así se lanzó Ludovico en la habitación.

El alegre máscara había cedido el puesto al hombre científico ; el médico iba á usar de todos los recursos de su arte.

Llegó Ludovico á tientas á la ventana : la bujía se había apagado, el fuego de la chimenea lo mismo, el brasero ya no despedía llama ni humo.

Las cortinas colgaban delante de la ventana y no deja-

ban encontrar la falleba; Ludovico envolvió su mano en el pañuelo, y de dos puñetazos rompió dos vidrios.

Comenzó á establecerse una corriente de aire; era tiempo, porque ya él empezaba á tambalearse; se agarró al piano.

Después cogió las cortinas con ambas manos, arrancólas de las varillas, y consiguió abrir la ventana.

El ácido carbónico, formado por el oxígeno y el carbono, comenzaba á dejar lugar al aire respirable, que entraba ahora por tres aberturas.

— Entrad, dijo Ludovico, ya no hay peligro; entrad y alumbrad la habitación.

Encendióse la segunda bujía, y todos los objetos se hicieron visibles.

Los dos jóvenes estaban acostados sobre el lecho, uno en brazos del otro, como si acabasen de dormirse.

— ¿Hay aquí un médico, un curandero, un barbero? poco importa lo que sea, con tal que sea un hombre que pueda ayudarme.

— Mr. Pilloy, un antiguo cirujano de la guardia; un hombre muy sabio, dijo una voz.

— Corred á buscar á Mr. Pilloy, dijo Ludovico; repicad hasta que se levante, apremiadle hasta que venga.

Después, lanzándose hacia el lecho:

— ¡Oh! dijo sacudiendo la cabeza, creo que hemos llegado demasiado tarde.

En efecto, los labios de los jóvenes estaban negruzcos.

Ludovico levantó los párpados.

El ojo de Colombán estaba tumefacto y vidrioso.

El ojo de Carmelita tierno é inyectado.

Ninguna respiración se percibía ni en uno ni en otro.

— ¡Demasiado tarde! ¡demasiado tarde! repetía Lu-

dovico desesperado. No importa, hagamos siempre lo que hay que hacer.

Después, dirigiéndose á los asistentes estupefactos:

— Señoras, encargaos de la joven, dijo Ludovico; yo me encargo del joven.

— ¿Qué es preciso hacer? dijo Canta-Lilas.

— Ejecuta todo lo mejor que puedas lo que yo te diré, mi querida hija. Por lo pronto llevar la joven á la ventana.

— Venid, dijo Canta-Lilas á sus amigas.

— ¿Y nosotros? dijeron los hombres.

— Tratad de encender el fuego, un gran fuego de madera: calentad servilletas, sacad las botas á Colombán; yo intentaré sangrarle en la vena del pie. ¡Ah! ¡demasiado tarde! ¡demasiado tarde!

Ludovico lanzaba este grito de desesperación al transportar á Colombán del lecho á la ventana.

— ¡Aquí hay vinagre! aquí hay agua salada, dijo Nannette.

— Verted vinagre en una vasija que se puedan empapar dentro los pañuelos y frotad las sienes de los asfixiados: ¿oyes, Canta-Lilas?

— Sí, sí, dijo la joven.

— Cortad una pluma como yo, mirad; separad los dientes si podéis é introducidle aire en los pulmones.

Obedeciese á Ludovico como en una batalla se obedecce á un general en jefe. Carmelita tenía los dientes apretados; pero con ayuda de un cuchillo de marfil, consiguió Canta-Lilas separar las mandíbulas é introducir la pluma entre los dientes.

— ¿Qué hay? preguntó Ludovico.

— Aquí está la pluma.